

FERNÁN CABALLERO: LA TRADICIÓN Y EL PAISAJE

por AQUILINO DUQUE JIMENO

Con la vida de Cecilia Böhl de Faber compuso el Padre Luis Coloma una de sus mejores novelas, una novela que intentó hacer pasar por biografía y en la que están, concentradas, muchas de las peripecias esparcidas entre las numerosas novelas de Fernán Caballero. Decía González Ruano, parodiando la conocida frase de d'Ors, que todo lo que no es autobiografía es plagio. D'Ors, como es sabido, puso la palabra «tradición» donde González Ruano escribió «autobiografía», y da la casualidad de que, en Fernán Caballero, la autobiografía no se distingue muchas veces de la tradición. Fernán Caballero hace suya la tradición de un país en el que no ha nacido y en el que ni siquiera se ha educado, un país que algo tendría cuando opta por él una persona como ella que, a diferencia de la mayoría de sus compatriotas, sabe de lo que habla cuando establece comparaciones. Ese país es el país natal de su madre y el adoptivo de su padre, un país que ha logrado hacer cuatro siglos algo a lo que aspira Alemania desde que Napoleón liquida el Sacro Romano Imperio Germánico: ser una nación. Esa nación, ogro y espantajo de Europa, ejerce sobre los mismos que la odian y desprecian una poderosa sugestión espiritual, y son precisamente los alemanes quienes, desde los albores del Romanticismo, ponderan y valoran a sus autores del Siglo de Oro, y al frente de todos ellos a Calderón de la Barca, cifra y emblema de una España anacrónica que pugnan por modernizar las Luces

del siglo. Esas Luces que el Despotismo Ilustrado venía tratando de introducir, irrumpen por fin en tropel con las tropas de Napoleón. Buen chasco debió de llevarse don Juan Nicolás Böhl de Faber al llegar a la patria de Calderón y comprobar que ya no estaba de moda Calderón ni la España que representaba.

Esa España anacrónica tenía sin embargo, en medio de sus derrotas, una asombrosa capacidad de resistencia y de reacción. Muestra de ello, doña Frasquita Larrea, mujer que tenía recursos intelectuales de sobra para no dejarse amilanar por unas Luces cuyas sombras conocía muy bien, y que para colmo, era feminista militante.

Excusado es decir que esta familia trata de vivir según los criterios y principios del Antiguo Régimen en una ciudad tan liberal como el Cádiz de las Cortes. Esta familia es además la que introduce en España el romanticismo, y el romanticismo, como ya he dicho en otra ocasión, no es más que el contragolpe de la revolución burguesa. El romanticismo que importa Böhl de Faber es el de los hermanos Schlegel, uno de los cuales, Federico, es nada menos que agente de prensa de Metternich. Es, pues, un romanticismo vuelto al pasado, distinto de aquel otro romanticismo destructor de barricada y gorro frigio. Ese «romanticismo alemán», en boca de un personaje de *Elia*, puso de moda «el misticismo, con sus catedrales con vidrieras pintadas, con opacas luces...» Pero ese romanticismo tiene en común con el otro su hostilidad a la nueva clase emergente, a los nuevos ricos con que la ciudad, el burgo, se impone al suburbio proletario y al entorno rural, en una palabra, a la burguesía.

El rechazo del materialismo burgués es una de las notas del romanticismo y no que decir que ese rechazo lo hereda Cecilia de unos padres tan singulares como los que le cupieron en suerte. Un hombre como Juan Nicolás, más dotado para las letras que para los negocios, tenía por fuerza que chocar con un siglo que, más que de las Luces, debió llamarse del Lucro. Sin embargo, esa nota negativa del romanticismo reaccionario no basta para caracterizarlo; a esa burguesía abominable se le enfrenta toda una tradición y todo un idealismo no monetizables.

Tiene ese romanticismo además dos notas positivas, que son la clave del arte de Fernán Caballero y en ellas estriba precisamente

su originalidad. Una de ellas es la observación de la naturaleza; la otra el estudio del alma popular a través de sus tradiciones.

No es frecuente que un literato español se fije en la naturaleza y llame a plantas y animales por su nombre, y ello viene a mi juicio de un tipo de enseñanza libresca y memorística en la que no tenían cabida las «lecciones de cosas». Volví yo hace años de Alemania y pasé por Marsella donde estaba de cónsul un poeta brasileño amigo mío. Fuimos a cenar y en la mesa del restaurante había un jarro con gladiolos y algo debí de decir al respecto. Mi amigo exclamó: «¡Qué raro que un poeta español sepa los nombres, de las flores! ¡Nosotros –y por nosotros aludía al mundo hispánico en general– nunca sabemos esas cosas!» Yo le aclaré: «Si sé el nombre de unas flores no es por ser español, sino porque vengo de Alemania». Cecilia Böhl de Faber podía haber dicho lo mismo; ya tenía casi diecisiete años, era ya una señorita, como antes se decía, cuando volvió a España con sus padres, y la educación que traía a sus espaldas era francesa y alemana, de ahí la precisión de su lenguaje en la descripción de la fauna y la flora. No es raro que una mujer andaluza bien educada entienda de flores y de plantas, sobre todo si tiene la mano verde, como suele decirse. Lo que ya no es tan frecuente es que, al evocar una excursión, hable como lo haría un botánico o un zoólogo, y eso es justamente *lo que hace Fernán Caballero en su modélica, descripción del Coto de Doñana en el relato Dicha y suerte*, o en la de lo que yo creo que es *el Coto del Rey, en la novela Clemencia*. Un paisaje muy distinto del de Doñana es *el de la Sierra de Aracena, descrito en el relato Más honor que honores*, sin otra inexactitud que la de llamar Valdeflores a Valdezufre, confusión que capta el lector precisamente por la exactitud con que está descrito el paraje de esta aldeíta a medio camino entre Aracena e Higuera, sobre el nacimiento del río Odiel. *Los caños y las salinas y marismas de Puerto Real en El último consuelo; los pueblos ribereños del Guadalquivir en Simón Verde*, etc, etc. están en sus páginas tal como los vemos hoy en día, en una naturaleza que el progreso no ha logrado deformar del todo. «Le paysage a des idées», dice Fernán Caballero citando a Balzac, pero para que tenga ideas el paisaje, para que inspire sentimientos e infunda sensaciones, el paisaje ha de ser un paisaje con figuras. Ese paisa-

je con figuras es para Fernán Caballero el marco de la tradición, de una tradición en la que ella espiga y recoge cuentos, leyendas y cantares del pueblo.

Dice el cínico de Cioran que todo escritor que hable del «pueblo» sin ironía se descalifica. La verdad es que cada cual llama «pueblo» a lo que le conviene; para unos el «pueblo» es una borreguil manada o una manada de lobos, según se limite a votar y pagar impuestos o exija por las bravas sus derechos soberanos; para Fernán Caballero, el pueblo es el lenguaje. Un gran poeta español, el catalán Juan Maragall, hablaría de ese pueblo «en estado de gracia» que es el que recibe una cultura, la aumenta y la transmite, y en ese «estado de gracia» es como Fernán Caballero se empeñó casi siempre en ver a las figuras de sus paisajes. Ese empeño no era sin embargo un engaño. Fernán Caballero sabía muy bien que ese «estado de gracia» se disipó con la irrupción de las Luces por obra de las cuales los españoles se dividirían para siempre jamás en «liberales» y «serviles».

Educada en los principios del «antiguo régimen», Fernán Caballero añora y describe un mundo que sucumbía ante los embates de la modernidad, pero tampoco se engaña. Si bien con el burgués materialista o con el papanatas ilustrado no tiene piedad, sabe muy bien que *el bien y el mal no están en las ideas, sino en las conductas. Y eso se ve sobre todo en Elia*, tal vez la mejor de sus novelas. A mí *Elia* me dejó perplejo la primera vez que la leí, pues en su primera mitad parecía que los sentimientos iban a poder más que los principios y luego resultaba que al final eran éstos los que prevalecían sobre aquéllos. Luego he visto más cosas. En su primera novela, *Les chouans*, Balzac rinde homenaje a los bretones que lucharon por la Monarquía contra la Convención, pero en toda la galería de personajes, los buenos y los malos lo son con independencia del bando a que pertenecen. En *Elia* hay varios personajes «serviles» y varios «liberales», pero entre los «serviles» los hay antipáticos e intratables como la marquesa, trasunto, según el P. Coloma, de la propia doña Frasquita Larrea, y entre los «liberales» está su víctima, su hijo Carlos, el enamorado de Elia. Cecilia sabe de lo que habla cuando por boca de Carlos hace la apología de la libertad y de las Luces. Pero hay algo más profundo que está en la trama del relato más que en los parlamen-

tos de los personajes, y es que la oposición brutal del Antiguo Régimen personificado en la marquesa a que un hijo suyo se case con Elia, obedece a que esta inocente es hija de un bandido y no puede manchar con su sangre los blasones de una familia que viene en línea directa nada menos que... de don Pedro el Cruel. Elia, es pues, condenada sin culpa a encerrarse en un convento, en el que profesa convencida de haber tomado la mejor parte. El linaje se extingue, pues Carlos muere en 1823 en el Trocadero frente a los Cien Mil Hijos de San Luis; su hermano Fernando, el mayorazgo, había dado la vida en Madrid en la intentona absolutista de julio de 1822. Los dos hijos de su hermana Esperanza con el marido que, por supuesto, le escogió la despótica marquesa, murieron jóvenes a su vez en la primera de las guerras civiles que ilustraron el siglo: uno, carlista, en el sitio de Bilbao; otro, cristino, en la acción de Mendigorría.

Mucho se ha criticado en Fernán Caballero su propensión al sermón edificante, a la lección moral, a la pedagogía cristiana; de hecho, *hay novelas suyas, como Clemencia, que terminan en una subasta de nobles sentimientos*. También en *Elia*, la abnegación y la generosidad se manifiestan con una sutil profundidad psicológica. No hablemos de la altura y solidez de conceptos con que la autora, que en su vida al amor profano no le hizo ascos precisamente, le antepone el amor divino. Sin embargo, por debajo de todo, o por encima, alienta una moraleja tácita, una lección práctica que se desprende, no de lo que hablan los personajes, sino del destino que les toca en suerte. Por eso, yo creo que *Elia* es en el fondo un acta de acusación y un acta de defunción de aquel Antiguo Régimen al que Cecilia tanto apego tuvo toda su vida.

Las novelas de Fernán Caballero son novelas de tesis en el sentido de que con ellas se proponía, más que entretener, educar y edificar. Hoy las leemos con agrado por muchísimos motivos. En primer lugar está el ritmo de la prosa, que da interés a lo que cuenta; a eso hay que sumar el arte del claroscuro en la pintura de personajes, tanto en sus rasgos físicos como en sus rasgos morales; por fin hay que mencionar el estilo, un estilo en deuda por igual con españoles con memoria buena y con extranjeros con ideas claras. Uno de ellos es Balzac, que dice que «el estilo nace de las ideas y no de las palabras»; otro, el integrista De Bonald,

que dice que «la declamación y la hinchazón son propiamente la elocuencia del error». Los españoles con buena memoria son los que le enseñaron a expresarse en castellano a una escritora como ella, que empezó escribiendo en francés y en alemán y que al principio dudaba de su capacidad de expresión. De que aprendió rápido no nos cabe la menor duda a sus lectores, sobre todo a aquellos que tenemos la suerte de vivir en su paisaje y convivir con su paisanaje.

«Viñamarina», octubre, 1996